

LEYENDAS HISTORICAS.  
CAPITULO XIX.

LOS DOS NIÑOS.

El 17 se detuvo Calleja en Pasulco, á dos leguas de Cuautla, y Morelos despues de verlo establecer su campamento, cambiándose uno que otro tiro con las avanzadas, regresó á Cuautla para nombrar el servicio militar de la plaza. A D. Hermenegildo Galeana le encomendó el punto de San Diego y las fortificaciones avanzadas compuestas de varios reductos sostenidos por cuatro piezas de artillería; á D. Leonardo Bravo el de Santo Domingo con el mando de gefe de toda aquella linea; á Matamoros, Buenavista con todos sus alrededores, y así sucesivamente confió á sus mejores capitanes los puntos mas peligrosos de la defensa, asignándoles pequeñas reservas con motivo de no haberle llegado con oportunidad debida algunas tropas que esperaba, completándose como unos cinco mil hombres apenas los que

tenia allí reunidos, de los que habia que descontar unos mil quinientos indios que mas bien estaban destinados á obras materiales.

La mayor parte, pues, de la noche se la pasó el cura Morelos entrando y saliendo á su casa situada en la plaza principal, desde la cual unas veces á caballo y otras veces á pié, unas veces á hacer particulares recomendaciones á los gefes de los puntos, otras á ver por sí mismo si contaban con suficientes municiones y las mas á inspeccionar el ánimo con que se encontraba su gente, del que se manifestó muy contento á juzgar por estas palabras que dirigió á Galeana al despedirse de él á las doce de la noche despues de haberle hecho la tercer visita:

—General Galeana, voy á dormir tranquilo las horas que faltan de la noche, porque veo no solo que estos puntos están bien sostenidos materialmente, sino mas aún, con la intrepidez natural del gefe que tiene el mando y por el gran espíritu militar que reina en sus soldados. Así como estoy seguro de que éste va á ser el punto de mira en el ataque del enemigo, lo estoy tambien de que aquí encontrará su derrota. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Exmo. Sr., contestó Galeana: yo y los míos estamos dispuestos á cumplir hasta lo último con nuestro deber.

Muy temprano estaba ya á caballo el Generalísimo Morelos, saliendo con trescientos hombres de caballería, todavía entre los sombras dudosas de la noche,

que suelen clarear un poco si ayudan á la incierta luz de las estrellas los anuncios del crepúsculo.

Morelos al frente de sus trescientos caballos, conociendo muy bien los alrededores, hizo un pequeño esfuerzo para ir á situarse en la retaguardia del enemigo. El movimiento fué tan atrevido como que podia ser peligroso una vez que él mismo se cortaba su vuelta á la plaza poniendo en medio á tan fuerte como perspicaz enemigo; pero en sí no carecia de una gran importancia: aparte de observar por sí mismo qué clase de elementos traía Calleja, y de ver si conseguia desordenarlo atacándolo intempestivamente por donde menos se lo esperaba, queria proteger la entrada á Cuautla de algunos destacamentos que venian retrasados en sus marchas. Seguro que si este audaz movimiento lo hubiera podido hacer sin ser sentido de Calleja, con dos ó tres mil hombres en combinacion con los de la plaza, allí concluye en un solo golpe esta memorable campaña; pero no era aquella la época de esa clase de ardidés militares, ni Morelos á pesar de sus grandes aptitudes para la guerra, se creia en conciencia autorizado para esponer en una maniobra todos aquellos elementos con tantos esfuerzos arrancados á las poderosas manos del mismo poder vireinal.

Sucedió, pues, lo que no debía menos de esperarse. Calleja, hombre precavido y militar de los mas duchos, luego que sintió al enemigo por la retaguardia,

comprendió que no podian ser mas que guerrillas destacadas para molestar su marcha, y sin que ésta se interrumpiera ni retrasara en lo mas mínimo, ordenó que todo el grueso de su caballería que se componia de mas de mil y quinientos hombres, cargara rudamente sobre aquel puñado de atrevidos y procurara envolverlos para que no se escapara ni uno solo. De manera que cuando Morelos venia cargando con furor á la cabeza de su gente á las débiles escoltas que cubrian la retaguardia, sobre las cuales habia conseguido una fácil victoria, vió repentinamente destacarse á su flanco izquierdo una masa compacta de caballería, que á la vez que avanzaba en fuerza de carrera, iba formando un medio círculo que se agrandaba á cada momento mas y mas amenazador, con la intencion manifiesta de cortarle la retirada. A la vez percibió, no sin alarmarse ante una crítica situacion que parecia no tener mas desenlace que la de caer vivo ó muerto en manos del enemigo, que venia muy adelante del grueso de sus tropas con unos cuarenta hombres á lo mas que habian podido alejarle y que aquel, un tanto cuantado diseminado en un largo trecho, era envuelto en aquellos momentos por tropas superiores sin poder auxiliarle. Esta circunstancia casual dividió la atencion del gefe que mandaba la columna enemiga, el cual se conformó con mandar solo cien hombres á apoderarse del grupo en donde se encontraba Morelos. El ímpetu de estos cien hombres que atacaron con lanza en ristre y al galope, fueron recibidos con un fuego nutrido de mosquetería, teniendo

que suspender el ataque hasta recibir los refuerzos, que se veían ya acercarse con toda rapidez.

—Mis amigos, dijo Morelos á sus hombres de armas, aquí perecemos todos pero no nos rendimos.

—¡Viva Morelos! gritó un jóven que montaba un brioso caballo y que con la espada desnuda hacia rato que se le veía al lado de Morelos.

Este volvió la cabeza y reconociéndole en el acto exclamó:

—Rafael Fuentes?

—El mismo, Exmo. Señor, llegué anoche enviado por la Junta y me ha tocado la gloria de poder combatir á su lado.

La avalancha de la caballería enemiga que llegó con ímpetu terrible, no solo interrumpió esta breve plática, sino que separó al pequeño grupo de insurgentes cayendo ocho ó diez á tierra, en aquella primera investida.

Deshecha la nube de polvo y de humo que se había formado en aquel sitio instantáneamente, Rafael vió á cinco pasos de distancia al cura Morelos rodeado por un grupo de diez dragones españoles, que solo respetaban su vida por consideracion á un oficial que le estaba pidiendo su espada. Rápido como la mirada lanzó su caballo sobre aquel grupo, exclamando al mismo tiempo:

—A mí los independientes! á mí los bravos que quieran salvar á su general!

Como el ataque fué súbito é inesperado, en el cen-

tro mismo de aquel cuerpo de caballería victorioso y como fué secundado por cinco ó seis de los insurgentes que se habían quedado allí sin saber qué partido tomar, los realistas se desconcertaron á tal punto que se quedaron como helados de espanto viendo que el prisionero era arrebatado por los suyos como por medio de una ráfaga de viento, viéndolos perderse poco á poco en el horizonte, sin osar ninguno perseguir á los fugitivos.

Cuando Morelos detuvo su caballo ya bajo los fuegos de la plaza de Cuautla, habiendo pasado todo peligro, solo vió á su lado á tres hombres que iban protegiéndole con sus mismos cuerpos y los cuales se llamaban: Rafael, Francisco y Nicolás.

—¡Oh! mis buenos amigos, mis amigos fieles, exclamó el cura muy conmovido, á ustedes les debe la patria mi vida, si es que ésta puede servirle aún para alguna cosa.

Y á todos tres estrechó la mano con efusion.

—Ahora, les dijo, vamos procurando recoger á nuestros hombres que hayan sobrevivido de esta desastrosa refriega que yo fui á provocar tan tonta como imprudentemente.

Y como en efecto fueron llegando algunos dispersos hasta reunirse mas de cien hombres, Morelos ordenó que hicieran algunas evoluciones y que entrasen en diferentes grupos para que no se percibiera en la plaza aquella derrota que pudiera entibiar el gran entusiasmo con que en toda la línea se había recibi-

do la presencia del ejército sitiador que se había ya posesionado de la loma de Cuautlixco.

Calleja á la vez que se instalaba en aquel punto recibió el parte del triunfo de su caballería sobre la escolta mandada por Morelos en persona.

—A haberlo sabido! exclamó el general arrancándose un puñado de pelos de las barbas.

En seguida para desquitarse de aquella burla que le había hecho el general en jefe de las tropas enemigas, mandó que fueran ahorcados todos los prisioneros, que podían llegar á treinta, y especialmente el "Curro," que era un pobre andaluz que acompañaba á Morelos sirviéndole de bufon, sin mas que de su lengua y sus graciosas exageraciones.

había asegurado que yendo él en la expedición iba á quedarse desmayado todo el ejército realista luego que lo viera, y el infeliz pagó con la vida esa y otras baladronadas.

El 19 de Febrero de 1812, se notó muy de madrugada desde las torres de Cuautla que había gran movimiento en el campo de Calleja, cuyo ejército se había extendido por el *Guamuchilar*, observando Morelos con su antejo que se atalayaban los cañones, que se cargaban las mulas del parque, que se alineaban los cuerpos de caballería y de infantería, y que la carretela del jefe español iba de uno á otro lado seguida de sus oficiales á caballo y escolta de carabineros, lo cual le hizo pensar ó que iban á retirar, ó á tomar nuevas posiciones. Al poco rato se vio que comenzaba á

marchar de frente toda la columna con la artillería en el centro, cuatro columnas á los costados y cubriendo ambos flancos de estas columnas toda la caballería habiéndose quedado Calleja en su carruaje á la retaguardia.

—Vendrán á atacarnos? exclamó Morelos, vamos señores, á ocupar nuestros puestos.

Allí estaban con él los Galeana, los Bravo y Matamoros que eran los principalmente encargados de la defensa de la plaza; y despues que hubieron bajado de la torre, les dijo:

—Recomienden á sus soldados que no gasten su pólvora inútilmente, que tienen poca, y cuando puedan aprovechen sus disparos. Yo estaré pendiente de todo y acudiré con prontitud á donde se necesite.

Inmediatamente dió orden Morelos de que saliera el coronel D. Francisco Ayala con quinientos caballos á situarse en la loma de Zacatepec para que atacara al enemigo por la espalda, lo cual bien ejecutado le dijo, dará por resultado que hoy mismo obtengamos el triunfo.

Luego que Calleja estuvo á medio tiro de cañon mandó que se quitaran las mulas á los cañones y se establecieran en bateria, rompiendo un fuego muy vivo sobre la plaza. A la vez hizo avanzar cuatro columnas de infanteria protegidas por la caballeria, debiendo converger todas á las trincheras de la plaza de San Diego defendidas por D. Hermenegildo Galeana.

De repente se destaca un hombre solo de entre las

filas de los realistas, ya cuando se encontraban próximos á los puntos fortificados, de donde se hacia un fuego lento de fusileria segun las instrucciones de Morelos. Este incidente notado por todos, hizo que se suspendieran los fuegos por una y otra parte hasta ver lo que aquello significaba.

—¿En dónde está Galeana? preguntó el realista cuando comprendió que podrian oír su voz los insurgentes.

—Aquí estoy, contestó Galeana saltando la trinchera.

—Acércate, que á tí te buscaba, ¡picaró!

Y violentamente amartilló sus pistolas y uno tras otro disparó dos tiros sobre Galeana sin tocarlo. Este tranquilamente, con la serenidad que demostró siempre en los mayores peligros, le apuntó con la carabina, asestándole un tiro en la cabeza que le hizo caer de espaldas y tirar las pistolas.

Galeana entonces recogió esas armas y como observara que el oficial realista respiraba aun, lo metió estirando por un pié, pues ya á la sazón le estaba lloviendo una tempestad de balas de los que querian vengar á su compañero.

Como si esta fuera la señal que se esperara para dar el asalto, las cuatro columnas de Calleja se precipitaron á paso veloz sobre las trincheras, á la vez que la artillería barria con su metralla las alturas queriéndolas desalojar de los indios que menudeaban piedras sobre los asaltantes, siendo tal el ímpetu de es-

tos que llegaron en algunos puntos á trabar combates cuerpo á cuerpo y se posesionaron de varios fortines haciendo huir á los que los defendian; pero tanto Morelos como Galeana acudieron á reanimar á su gente donde era necesario y el último aun tuvo que montar á caballo y hacer volver á los fugitivos á sablazos obligándoles á rechazar á los españoles de todos los puntos que tenian ya ocupados. Tan heroico fué, pues, el ataque como la defensa, si bien quedó la victoria por los independientes, que aunque demoralizados cuando llegaron á creer que se les había tomado la plaza, volvieron á la carga con brio alentados por el vivísimo ejemplo, de valor y de serenidad que les estaban dando sus caudillos.

El cañoncito llamado «El Niño» no dejaba de hacer fuego desde una azotea, con acierto.

Las columnas asaltantes tuvieron por lo mismo que replegarse en desórden á las casas de las orillas de la poblacion cebándose en los pocos habitantes que en ellas encontraron, pues á ninguno, sin respetar sexo ni edad, dejaron con vida y de allí siguieron barriendo paredes para acercarse á cubierto al reducto fortificado, lo cual consiguieron pasando por una tienda á la calle principal. Pero allí estaba Morelos con el famoso «Niño» y entre él y D. Pablo Galeana, sobrino de D. Hermenegildo, lograron rechazar nuevamente al enemigo, en esta segunda jornada en que parecia haber obtenido el triunfo. Tan fué así, que llegó á oírse entre los sitiados la terrible exclamacion

de ¡Sálvese el que pueda! ¡ya tomaron la plaza! quedando abandonados los puntos fortificados y principalmente la plazuela de S. Diego que se vió desierta. Por allí entraron los realistas, pero un niño de doce años llamado Narciso, al tiempo de ser herido de un sablazo por un dragon, tomó la mecha que estaba ardiendo en el suelo, prendió fuego á la pieza que estaba cargada de metralla y mató al dragon causando destrozos en la columna que venia avanzando á paso veloz. Esto la desconcertó haciéndola retroceder y dando tiempo á Morelos para llegar con la reserva. Este abrazó á Narciso, diciéndole:

—Eres un héroe, muchacho. Si triunfamos, á nadie mas que tí deberá la patria esta victoria.

Los ataques siguieron repitiéndose hasta las tres de la tarde, hora en que se retiraron los realistas en dispersion dejando su artilleria abandonada. Morelos, creyendo que esto fuera un ardíd de Calleja, ordenó que nadie se moviera á tomarla. Dos horas despues fueron recogidos los cañones que estaban útiles por un trozo de caballeria, y el ejército realista bastante maltratado fué á acampar á una legua distante de Cuautla, sin que fuera posible seguirlo por no haberse reunido en la plaza los elementos con que se contaba para aquel combate.

Los insurgentes levantaron el campo recogiendo muchas armas, vestuario y útiles de guerra, dando sepultura á más de cuatrocientos cadáveres del enemigo entre los que se contaron treinta y dos artilleros.

Ya se supone el humor con que estaría Calleja, acostumbrado á triunfar, despues de aquel enorme fracaso.

Por su parte Morelos no se engrió con el triunfo y ántes bien usando de un tono chancista, dijo en aquella noche á sus capitanes:

—Debemos esta victoria á dos niños: á nuestro cañoncito que mató solo cien gachupines y á Narciso que mató como treinta. Ahora la segunda jornada va á corresponder á nosotros los grandes.